

Juan Alonso de Guzman, alhajó su casa para hospedar á la ilustre novia. El obispo en su pausado viage gastaba, dicen, setecientas raciones cada dia; su comitiva era brillante; llevaba multitud de acémilas y reposteros, pages, escuderos y criados, todos con ricas y lujosas libreas de seda y terciopelo, con franjas de oro, chapeos con plumas y otros adornos, con los cuales competian los paramentos de los caballos, y en las comidas no faltaba, así en viandas como en vinos, ningun género de regalo. El duque, por su parte, gastaba, dicen, seiscientos ducados cada dia en la mesa, y para el recibimiento del obispo en Badajoz llevaba doscientas acémilas todas con reposteros de terciopelo azul, y las armas bordadas de oro. Unos y otros llevaban músicos en su comitiva, y en la del duque iban además ocho indios con unos escudos de plata redondos y grandes, en cada uno de los cuales habia un águila que sostenia las armas del duque y de la duquesa. Y para colmo de lujo y de capricho, hacian parte del cortejo tres juglares, llamados Cordobilla, Calabaza y Hernando, ridículamente vestidos, y un enano con sus puntas de decidor y discreto. Así la casa del duque como la que se destinó para alojamiento del obispo competian en el lujo del menage, en tapicerías, colgaduras, doseles, y bajillas de oro y plata ⁽¹⁾.

(1) Relacion del recibimiento Portugal, hija de don Juan III. etc., que se hizo á doña María, infanta de escrita por un contemporáneo de

No era menor el boato y el cortejo con que venia la infanta de Portugal. Acompañábanla el duque de Braganza, el arzobispo de Lisboa, y muchos otros personages, hidalgos y damas portuguesas. Traia cerca de tres mil acémilas con reposteros y otras tantas sin ellos; músicos, cantores, ministriles, enanos, etc. Al llegar la princesa á Elvas (octubre, 1543), comenzaron á cruzarse los correos entre los de una y otra comitiva para acordar el dia de su entrada y recibimiento en Castilla. Convenidos ya en que fuese el lunes siguiente, moviéronse tales disputas entre portugueses y castellanos sobre el ceremonial, y principalmente sobre el lugar que correspondia á cada uno, pretendiendo cada cual para sí el de preferencia, que no pudiendo concertarse, llegó el lunes señalado, y la princesa no vino á la raya segun estaba dispuesto ⁽¹⁾. Incomodáronse de tal modo los hidalgos portugueses, que faltó poco para que por una disputa de etiqueta se deshiciera la boda, y anduvo ya tan válida la voz de que se volvian á Lisboa para casarla con el infante don Luis, que hubo en los dos campos no poco sobresalto y alboroto ⁽²⁾. Al fin, cediendo de su de-

los que componian la comitiva del principe.—Coleccion de documentos inéditos, tom. III.—Sandoval. lib. XXVI.

(1) Dice Sandoval que no sabe la causa por que se dirigió la entrada de la princesa. La causa, segun la Relacion manuscrita, no fué otra que la cuestion de etiqueta, en la cual nadie queria ceder.

(2) «Algunos habia, dice la Relacion, que juraban á Dios que no la habian de dar; que si fuera para algun fillo bastardo de Deus, que pasára; pero que tanto por tanto ahí estaba o infante, con quien todo el reino queria que se casase, y que ninguno dél habia sido llamado para dar parecer de que viniese á Castilla.»

recho para evitar un escándalo el obispo de Cartagena, se arregló el ceremonial, y se adelantaron todos los castellanos hasta el puente del río Caya que divide á Portugal de Castilla, donde habia de ser entregada la princesa. Salió esta de la litera en que venia, y montó en una mula. Traia un vestido de raso blanco recamado de oro, y encima una capa castellana de terciopelo morado. Pareció á todos muy hermosa y gentil; era de mediana estatura, y tenia entonces diez y siete años, medio mas que el príncipe.

La entrega se hizo con toda ceremonia y solemnidad; la entrada en Badajoz fué magnífica, y el viage desde aquella ciudad á la de Salamanca, donde habian de hacerse las bodas, y en el cual se invirtieron muchos dias, haciéndose á muy cortas jornadas, fué una sucesion continua de fiestas y espectáculos en los pueblos, y de suntuosos banquetes con que recíprocamente se agasajaban los magnates portugueses y castellanos. El príncipe don Felipe se apareció de incógnito en varias de las poblaciones por donde transitaba la princesa, á la cual se complacia en mirar, ó desde alguna casa donde se escondia, ó desde la calle embozado, á guisa de enamorado galán á quien le estuviera prohibido ver su novia, y así la fué siguiendo hasta Salamanca. A los tres cuartos de legua de esta ciudad se aparecieron sucesivamente varios cuerpos de caballería é infantería, que escaramuzaron delante de la princesa y ejecutaron varios simulacros

de combate que dieron á todos gran placer. Cerca de la ciudad se presentaron la universidad, el cabildo, el ayuntamiento y corregidor, todas las corporaciones con sus respectivos trages de ceremonia. El de la princesa era una hermosa saya de tela de plata con labores de oro, gorra de terciopelo con una pluma blanca entreverada de azul con clavos y puntas de oro. Llevaba la rienda de la mula el caballero Luis Sarmiento, embajador de Castilla en Portugal, y circundábanla sus camareras y damas, el arzobispo de Lisboa, el duque de Medinasidonia, los obispos de Salamanca y de Leon, y todos los demas personajes españoles y portugueses. Habíanse levantado muchos arcos triunfales con inscripciones y versos. Duró el recibimiento desde la una y media de la tarde hasta las siete de la noche. El príncipe se hallaba disfrazado en casa del doctor Olivares, para ver al paso á su novia; súpolo la princesa, y al pasar se cubrió el rostro con el abanico, el cual apartó con chistoso atrevimiento, para que el príncipe la viese, Perico de Santerbás, famoso juglar del conde de Benavente. Alojóse la princesa en las casas de Lugo y de Cristóbal Juarez reunidas.

El príncipe, de incógnito siempre y disfrazado, mostrando ya su afición á lo misterioso, salió de la casa en que estaba, y se trasladó á San Gerónimo, para entrar otro dia por la puerta de Zamora con el cardenal de Toledo, el conde de Benavente, el duque de

Alba, y otros grandes, mas sin ceremonia, y se aposentó en las mismas casas de la princesa, donde se le tenia preparada habitacion aparte, pero con comunicacion. A la noche salió cada cual de su aposento al salon en que habian de celebrarse los bodas. Al encontrarse los dos novios se besaron las manos y se abrazaron. Sentados luego cada uno bajo un dosel, el cardenal de Toledo los desposó con gran solemnidad, siendo padrinos el duque y la duquesa de Alba, y comenzó el sarao, bailando todos los personajes de ambas córtes ⁽¹⁾. A las cuatro de la mañana les dijo la misa y los veló el cardenal con asistencia de los prelados de una y otra nacion y de algunos grandes (15 de noviembre). Los dias siguientes se pasaron en torneos, cañas, corridas de toros, fuegos artificiales y otros espeótáculos y diversiones de la época. Visitó despues el príncipe los conventos y colegios de aquella Atenas española, y luego partieron los príncipes consortes para Valladolid. En todos los pueblos del tránsito los recibian y agasajaban á porfia con fiestas y juegos de toros y cañas: en Tordesillas visitaron á su abuela la reina doña Juana (la Loca), que aun vivia alli olvidada de todo el mundo, la cual holgó mucho de

(1) «Acabóse el sarao, dice la Relacion, con una alta y una baja que danzaron los príncipes.» En ella se hace una curiosa y minuciosa descripcion del traje que vestia cada dama y cada caballero. Durante el sarao hubo una reñidísima refriega entre los pages de la princesa y los del príncipe, en que anduvieron listas las espadas y los hachas, apellidando unos «Andalucia» y otros «Castilla,» y de la cual resultaron algunos gravemente heridos.

verlos y los hizo danzar á su presencia; y pasando luego por Simancas, donde hallaron las calles de la villa alfombradas de paño, prosiguieron á Valladolid, cuya ciudad les hizo un recibimiento no menos magnífico que Salamanca.

Hiciéronse con tanto gusto, solemnidad y ostentacion estas bodas, porque este matrimonio habia sido eleccion espontánea del príncipe don Felipe, que por él habia repugnado y desechado el que el emperador su padre le propusiera antes con la princesa Margarita, hija de Francisco I. de Francia, como medio para hacer la paz con el francés, y que cesasen las guerras en que entonces Carlos y Francisco andaban envueltos: y tambien, y con otro fin semejante se habia tratado de casarle con doña Juana de Albret, hija única de don Enrique ⁽¹⁾. Por lo mismo fué mayor su satisfaccion cuando por fruto de su amor con la princesa María de Portugal, vió nacer en Valladolid al príncipe Carlos (8 de julio, 1545), el que tuvo despues el trágico y malaventurado fin que mas adelante veremos ⁽²⁾. Y por lo mismo fué tambien mayor su amargura de perder á su esposa, que sucumbió al cuarto dia de haber dado á luz al príncipe, apenas habian gustado uno y otra las dulzuras conyugales, teniendo que consolarle su padre con el ejemplo

(1) Capítulos con respuestas marginales sobre los tratos de este casamiento: Archivo de Simancas, Estado, leg. 51.

(2) Carta de Felipe II. al emperador (9 de julio), noticiándole el nacimiento de su hijo.—Simancas, Estado, leg. 69.

de la resignacion cristiana con que él soportaba la muerte de la hermosa y virtuosísima emperatriz (1).

El ilustre primado que habia celebrado los desposorios y celebró tambien los funerales de la malograda princesa, el escelente cardenal Tabera (agosto, 1545), docto prelado y sabio consejero, tardó poco en seguir al sepulcro á la misma á quien acababa de hacer las honras fúnebres. El sentimiento que produjo en el príncipe la muerte del cardenal se templó pronto con la acertada eleccion que el emperador su padre hizo en la persona de su maestro y preceptor don Juan Martinez Siliceo, obispo de Cartagena, para que reemplazara á Tabera en la silla primada de Toledo (23 de octubre, 1545).

Seguia don Felipe gobernando el reino con mas prudencia que la que de su corta edad hubiera podido esperarse. Y bien necesitaba tenerla propia, porque si hasta entonces habia podido guiarse por la direccion y consejo del primer secretario del César Francisco de los Cobos, tambien le faltó este buen consejero (mayo, 1547), que tanto tiempo habia obtenido la confianza del emperador, é intervenido en sus mas delicados y secretos negocios, á quien por lo mismo habia encomendado la direccion del prínci-

(1) Bueno y loable era que el padre escribiese á su hijo exhortándole á la conformidad cristiana. Por lo demas el emperador buscaba entonces otra clase de consuelos á su pena por la muerte de su esposa, puesto que en aquel tiempo andaba en amorosas relaciones con Bárbara Blomberg, de que resultó el nacimiento de don Juan de Austria, de quien tantas ocasiones tendremos de hablar.

pe en la gobernacion del Estado durante su ausencia (1). Como regente, y en virtud de los poderes que en 1542 le habian sido conferidos, presidió Felipe las Córtes generales de los tres reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, que el emperador desde Bohemia habia convocado para la villa de Monzon, con objeto de suplicar á los reinos le anticiparan el servicio en atencion á los grandes gastos que le habian ocasionado las guerras de Italia y Alemania y la celebracion del concilio de Trento en que estaba entendiendo. Las Córtes aragonesas presididas por el príncipe regente votaron sumisas y sin oposicion un subsidio de doscientas mil libras jaquesas pagaderas en tres años, y otorgaron ademas espontáneamente un servicio extraordinario de veinte y cinco mil libras al príncipe (de julio á diciembre, 1547). Pidiéronle en estas que el oficio de justicia mayor del reino no se pudiera renunciar, y á propuesta de don Fernando de Aragon, arzobispo de Zaragoza, se acordó en estas Córtes que hubiera un historiador ó cronista de las cosas de Aragon, nombrado por los diputados del reino; felicísima providencia, una de las que mas han honrado y fomentado las letras españolas, y á que debió el reino

(1) Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon y duque de Sabiote, primer secretario de Carlos V., estaba enlazado con la mas ilustre nobleza de Aragon y de Castilla, y estuvo casado con doña María de Mendoza, hija del adelantado de Galicia. Este año perdió tambien el emperador otro de sus mas antiguos y fieles secretarios, Alonso de Idiaquez, que murió asesinado en Alemania al pasar el Elba.

aragonés la sucesion de los doctos y distinguidos escritores que han ilustrado su historia ⁽¹⁾.

A este tiempo, vencedor Carlos V. de la confederacion protestante de Alemania, y trabajando por hacer aceptar á todos los príncipes imperiales el concilio de Trento, enfermó, como en otro lugar dijimos, en la ciudad de Augsburgo; y viéndose con tan quebrantada salud y señor de tantos y tan dilatados dominios, precaviendo lo que podria suceder, quiso que el príncipe su hijo viera por sí mismo y conociera aquellos estados que un dia habria de heredar y regir, y que al propio tiempo le conocieran á él y le tratáran sus naturales. Al efecto, por medio del duque de Alba y de Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, á quien Felipe habia enviado para felicitar á su padre por sus triunfos contra los hereges de Alemania, llamó á su hijo con objeto de hacerle reconocer primeramente como heredero y sucesor en sus estados patrimoniales de Flandes y Brabante. Y como acababa de concertar el matrimonio de su hija María con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano Fernando, rey de Romanos, determinó que Maximiliano, viniese á España, y que estos príncipes

(1) Si loable fué la providencia, la eleccion no pudo ser mas acertada, y gloria perpétua será de aquel reino el haber nombrado para cargo tan difícil y honroso al doctísimo Gerónimo de Zurita, una de las mas fulgentes lumbreras de nuestra historia, tan justamente respetado de propios y extraños, y cuyos anales tantas veces hemos citado y nos hemos complacido en elogiar.—Cuadernos de Cortes de Aragon, existentes en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Panzano, Anales de Aragon, lib. II, cap. 7.

quedáran gobernando los reinos de Castilla y Aragon durante la ausencia de Felipe, y asi lo escribió en una larga y razonada carta á las ciudades, prelados y grandes de ambos reinos.

Deseoso el emperador de que antes de salir Felipe de España conociera el estado de los negocios públicos y su modo de pensar en cada uno de ellos, le envió por el mismo duque de Alba una larga *Instrucion* de todo lo que deberia hacer, preveer y procurar para el caso en que él falleciese, en todos los ramos y materias y en todos los asuntos que á la sazón se hallaban pendientes en sus dominios y en todas las naciones de Europa. Este importantísimo documento era al propio tiempo un testamento político, una recapitulacion de avisos y consejos de buen gobierno, una exposicion y reseña general de la situacion política de todas las naciones, y de las relaciones de España y del Imperio con cada una de ellas, y el pensamiento y sistema del emperador sobre las cuestiones que entonces se agitaban en el mundo, su conducta en lo pasado y los planes que deseaba se siguiesen en lo futuro. Pocas veces se presenta en la historia un documento que derrame tanta luz y represente tan al vivo el cuadro de una época, y en que se revele mas originalmente el pensamiento y el carácter del hombre que figura en él en primer término.

Recomendábale primeramente la defensa y mantenimiento de la fé en todos sus reinos, estados y se-

ñoríos; la prosecucion del concilio que él habia congregado con tanto trabajo y dispendios para la estincion de las heregías de Alemania; el acatamiento y respeto que debia mostrar á la Santa Sede, y la provision de las prebendas y beneficios eclesiásticos en personas de letras, esperiencia y buenas costumbres.—Aconsejábale muy encarecidamente la paz, representándole lo cansados y trabajados que estaban sus pueblos con las pasadas guerras que él se habia visto forzado á sostener, y los gastos y empeños que por ellas habia contraido, pintándole la guerra como la cosa peor del mundo.—Procediendo á instruirle de cómo habia de manejarse con cada uno de los soberanos, le exhortaba á que pusiera la mayor amistad y confianza en su tío don Fernando, rey de Romanos, que tanto le habia ayudado en la pacificacion de la Alemania.—Advertíale de lo apurados, y aun exhaustos que tenia de dinero sus reinos y señoríos, y le encargaba que escusára todo lo posible pedirles mas, como no fuera necesario para conservar los estados y tierras de Flandes.—Ordenábale que guardára la tregua que habia ajustado con el turco: «porque es razon que lo que he tratado y tratáreis se guarde de buena fé con todos; sean infieles ú otros, y es lo que conviene á los que reinan y á todos los buenos:» y tambien para no dar ocasion al francés para inquietar otra vez la cristiandad como antes lo habia hecho.—Que procurára estar en buena amistad con los prin-

cipes electores del imperio; pero advirtiéndole que si necesita sacar gente de guerra en Alemania, lo haga con dinero en mano y pagándola bien, «porque los de acá, decia, quieren precisamente ser pagados.»—Lo mismo le advertia respecto á los suizos, á quienes debia mostrar buena voluntad y aficion, pero tratándolos bien y no dejando de pagarles á sus plazos.

En cuanto al papa, quejábbase de lo mal que con él se habia portado y cumplido, de la poca voluntad que mostraba á las cosas públicas de la cristiandad, y en especial á lo de la celebracion del concilio, no obstante que con la esperanza de atraerle habia casado á su hija Margarita con el duque Octavio, nieto del pontífice; pero con todo esto le rogaba, «que teniendo mas respeto al lugar y dignidad que el dicho papa tiene que á sus obras,» le guardára el debido acatamiento.—Respecto á lo ocurrido en Plasencia, sentia la muerte del hijo del papa, pero aprobaba lo que Fernando de Gonzaga habia hecho en nombre del emperador y como ministro del imperio. Le prevenia que muerto aquel pontífice, «que ya es cargado de años,» trabajára porque se hiciese una buena eleccion, conforme á las instrucciones que ya tenia su embajador en Roma: y que las tres principales cuestiones que con el papa mediaban, á saber: la soberanía de Sicilia, el feudo de Nápoles y la pragmática hecha en Castilla, las tratára con la sumision y acatamiento de un buen hijo de la Iglesia, «pero de